

LA FELICIDAD POSIBLE

Acabo de leerlo en el diario francés LE FIGARO. Una estadística realizada a nivel internacional concluye que 40 de cada 100 norteamericanos afirman que no son felices. Lo mismo dicen 32 de cada cien europeos.

Estamos viviendo –afirma el periódico- en el siglo de la tristeza.

La tristeza, antesala de la depresión, es la pérdida de la ilusión, la sensación de vivir sin vivir, sólo a medias. La tristeza llega a incapacitar, nos sumerge en una vida gris, pobre en emociones, con dificultad para el placer y el tiempo pasa sin dejar huellas. La persona triste aborrece la compañía, ama la soledad. Y me parece a mí que hay una cosa peor que la tristeza. El sentimiento de no estar bastante triste, como si la poca alegría que aún nos queda fuera pecado.

La vida de estos tiempos es dura y engendra como consecuencia la tristeza y el dolor. No se puede negar esta realidad. Pero a veces nos doblegamos, exageramos. En otra página del mismo periódico se pregunta a un hombre de clase media alta. “¿Por qué está triste?”. Y responde: “No lo sé, no sé qué me pasa, tengo una pena encima todo el día. Miro a mi alrededor y debería ser feliz, porque lo tengo todo: una casa bonita, una pareja que me quiere, unos hijos sanos, tengo amigos, pero no consigo ser feliz”.

¿Tan lejos está la felicidad? Los cristianos decimos que en la otra vida nos aguarda la felicidad. Y en esta, en la vida de la tierra y del cuerpo, ¿no es posible ser feliz?

En la película EN BUSCA DE LA FELICIDAD, dirigida por Gabriele Muccino y protagonizada por Will Smith, un personaje dice a otro: “Convéncete que mereces y puedes ser feliz. ¿Por qué tienes esa idea absurda de que en esta vida estamos para sufrir? También estamos para alegrarnos, para disfrutar, para ser felices”. El Barón de Montesquieu, pensador y escritor francés del siglo XVIII decía a sus amigos que la religión cristiana, cuyo objeto primordial es la felicidad en la otra vida, también puede dárnosla en esta.

Un monje benedictino del siglo VIII, conocido como el Venerable Beda, decía que para vivir la verdadera felicidad son indispensables seis cosas. A saber:

- Una vida no seguida de la muerte.
- Una juventud que no marchite la vejez.
- Una alegría sin mezcla de tristeza.
- Una paz que jamás tenga alteración.
- Una voluntad que nunca experimente obstáculos.
- Un reino que no podamos perder.

Está claro que ninguna de esas cosas se encuentran en la tierra.

¿Entonces qué? ¿Nos rendimos?

No te des por rendido ni aunque estés rendido.

Por muy difícil que sea vivir feliz, a la felicidad nos ha destinado Dios. Si fuimos creados a imagen y semejanza suya, Él quería que viviéramos en felicidad, porque Dios es un ser feliz. Aunque la introducción del pecado trastocó los planes y las intenciones de Dios respecto a nosotros, el Hijo que envió por un tiempo a la tierra nos dice: “Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Aquí, vida abundante es sinónimo de vida feliz. Luego la felicidad es posible si nos aferramos a Sus palabras, si aceptamos lo que el Galileo nos ofrece. La felicidad es

cosa difícil de hallarla en nosotros, por nosotros mismos. Pero en Cristo y por
Cristo, sí.
Saludos,
Juan Antonio Monroy